

SERIE PECADOS



Rey de la **IRA**



ANA HUANG

SERIE PECADOS



Rey de la
IRA

ANA HUANG

CROSS
BOOKS



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *King of Wrath*

© del texto: Ana Huang, 2022

© de la traducción: Mariona Gastó, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Cat / TRC Designs

Ilustraciones de la cubierta: © Designs Rashevskyi Viacheslav / Shutterstock,

© Dmitry Nesterov / Shutterstock, © rabbit75 / DepositPhotos, © doozie /

DepositPhotos y © Masha Kotscur / DepositPhotos

Primera edición en esta presentación: octubre de 2025

Depósito legal: B. 13.883-2025

ISBN: 978-84-08-30949-9

Impreso en España

1

Vivian



—No me puedo creer que esté aquí. Nunca viene a este tipo de eventos a no ser que los organice algún amigo.

—¿Has visto que ahora está por encima de Arno Reinhart en la lista de multimillonarios de *Forbes*? Cuando se enteró el pobre Arnie, casi le da algo en medio del Jean-Georges.

Los rumores empezaron a circular en mitad de la recaudación de fondos anual de la Fundación Frederick para la fauna, destinados a ayudar a las especies en peligro de extinción.

Este año, la estrella del acontecimiento era el pequeño frailecillo silbador, un ave del mismo color que la arena. Sin embargo, de los doscientos invitados allí presentes, quienes bebían Veuve Clicquot y comían *cannoli* de caviar, no había ni uno que estuviese hablando del bienestar de dicho animal.

—He oído que han destinado cien mil millones de dólares a arreglar la finca familiar que tienen en el lago de Como. ¡Cien mil! Aunque la vivienda ya tiene sus siglos, así que ya le tocaba.

Cada susurro era más y más fuerte e iba acompañado de miradas furtivas y algún que otro suspiro soñador.

Ni siquiera me di la vuelta para ver quién estaba causando tanto furor entre los miembros de la alta sociedad de Manhattan, de por sí fríos a más no poder. Me importaba más bien poco. Estaba demasiado ocupada mirando cómo la heredera de unos grandes almacenes, vestida con unos tacones de infarto, se tambaleaba al acercarse a la mesa de muestras. Echó una ojeada rápida a su alrededor, cogió una de aquellas bolsitas de regalo personalizadas y se la metió en el bolso.

Cuando se alejó, dije por el pinganillo:

—Shannon, código rosa en la mesa de muestras. Descubre a quién le ha robado la bolsa y sustitúyela.

Las bolsas que ofrecíamos esta noche, repletas de muestras, estaban valoradas en más de ocho mil dólares. Sin embargo, era más fácil destinar parte del presupuesto del evento a cubrir el coste de otra bolsa que tener que enfrentarnos a la heredera de Denman.

Mi ayudante gruñó al otro lado de la línea.

—¿Tilly Denman ootra vez? ¿Acaso no tiene suficiente dinero como para comprarse todo lo que hay en esa mesa y que le sigan sobrando millones de dólares?

—Sí, pero no lo hace por dinero, sino por el subidón —le conté—. Ve. Mañana pediré un pudín de plátano de la pastelería Magnolia para compensarte por la extenuante tarea de tener que reemplazar una bolsa por otra. Y entérate de dónde se ha metido Penelope, por el amor de Dios, tendría que estar en la zona de regalos.

—Ja, ja —soltó Shannon, que había pillado mi sarcasmo—. De acuerdo, yo soluciono lo de las bolsas de regalo y busco a Penelope, pero más vale que el pudín de mañana sea bien grande.

Reí y sacudí la cabeza a la vez que cortaba la conexión.

Mientras Shannon se ocupaba de lo de las bolsas de rega-

los, yo me paseé por la sala por si tenía que apagar otro fuego, por pequeño que fuera.

Al principio de dedicarme a esto, me resultaba extraño trabajar en eventos a los que yo misma estaría invitada. No obstante, con el paso de los años, me había ido acostumbrando y lo que ganaba me permitía disfrutar de cierta libertad para no depender tanto de mis padres.

Dinero que no venía ni de mi fideicomiso ni de mi herencia. Me lo ganaba a pulso como organizadora de eventos de lujo en Manhattan.

Me encantaba el reto que suponía crear un precioso acontecimiento desde cero, y a las personas pudientes les encantaba todo aquello que fuese precioso. Todos salíamos ganando.

Estaba comprobando que el equipo de sonido funcionara bien antes del discurso inaugural cuando, de repente, Shannon vino corriendo hacia mí.

—¡Vivian! ¡No me habías dicho que venía! —siseó.

—¿Quién?

—¡Dante Russo!

Al oír ese nombre, cualquier pensamiento relacionado con las bolsas de regalos se me evaporó de la mente.

Desvié la vista de inmediato hacia Shannon, a quien le brillaban los ojos y estaba sonrojada.

—¿Dante Russo? —El corazón me empezó a latir con fuerza sin motivo aparente—. Pero si no confirmó asistencia.

—Bueno, a él no le hace falta confirmar asistencia. —Mi ayudante casi tiritaba de la ilusión—. No me puedo creer que haya venido. La gente se pasará semanas hablando del tema.

Y entonces entendí a qué venían los susurros de antes.

Dante Russo, el enigmático director ejecutivo del Grupo Russo, un grupo de bienes de lujo, casi nunca se dejaba ver el pelo en eventos que no hubiese organizado él mismo, uno

de sus amigos más cercanos o algún socio importante. La Fundación Frederick para la fauna no entraba en ninguna de esas categorías.

Además, era uno de los hombres más ricos de Nueva York y, por ende, estaba siempre en el punto de mira.

Shannon tenía razón. La gente se pasaría semanas, o incluso meses, hablando de que había venido.

—Mejor —dije intentando controlar mi ahora desbocado corazón—. A lo mejor así conseguimos que los invitados se conciencien un poco más sobre los frailecillos silbadores.

Mi ayudante puso los ojos en blanco.

—Vivian, a nadie le importa... —Enmudeció de repente, miró a su alrededor y sentenció bajando la voz—: En el fondo, a nadie le importan los frailecillos silbadores. Que sí, vale, que están en peligro de extinción, pero seamos realistas: los que han venido, no lo han hecho por eso.

Volvía a tener razón. Aun así, el motivo de su asistencia daba igual. La cuestión era que los anfitriones estaban recaudando dinero para una buena causa y el acontecimiento en sí ayudaba a que mi negocio siguiera en pie.

—El tema principal de la noche es lo guapo que está Dante —señaló Shannon—. Nunca había visto a un hombre a quien le quedara tan bien un esmoquin.

—Shan, que tienes novio.

—¿Y? No por eso tengo que dejar de apreciar la belleza en los demás.

—Ya, bueno, yo diría que ya la has apreciado suficiente. Hemos venido a trabajar, no a babear con los invitados. —La empujé cariñosamente hacia la mesa de postres—. ¿Te importaría traer más tartaletas vienesas? Se están acabando.

—Aguafiestas... —gruñó a pesar de obedecerme.

Intenté volver a centrarme en revisar que el equipo de sonido estuviese preparado, pero no pude evitar pasear la

vista por la sala en busca del invitado sorpresa de la noche. Vi al DJ y la exposición de un frailecillo silbador en 3D, y luego reposé la mirada en la multitud que se encontraba cerca de la entrada.

Había tantísima gente que solo veía a los que estaban en los bordes, pero me apostaba todo lo que tenía en el banco a que Dante era el centro de atención de todos los allí amontonados.

Aquella aglomeración de gente se movió un ápice y pude atisbar un mechón de pelo oscuro y unos anchos hombros, lo cual confirmó mis sospechas.

Al corroborar su presencia, un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

Dante y yo pertenecíamos a grupos sociales muy cercanos, pero nunca habíamos llegado a presentarnos oficialmente el uno al otro. Y, por lo que había oído de él, estaba más que satisfecha con que la cosa siguiera así.

No obstante, su presencia era magnética y yo me sentía atraída hacia él incluso desde la otra punta de la sala.

Una persistente vibración en la cintura se deshizo del cosquilleo que me envolvía la piel y logró que apartara la atención del club de fans de Dante. Cuando saqué el móvil del bolso y vi quién me estaba llamando, me dio un vuelco el estómago.

No debería responder a una llamada personal mientras estaba trabajando, pero es que una no podía ignorar a Francis Lau.

Miré a lado y lado para asegurarme de que no hubiera ninguna emergencia que requiriera mi atención inmediata y me metí en el baño más cercano.

—Hola, padre. —Tras casi veinte años de práctica, aquel saludo formal me salió de la boca con total facilidad.

En su día, le llamaba *papá*; sin embargo, cuando Joyas

Lau conoció el éxito, dejamos atrás nuestra pequeña casa de dos habitaciones y nos mudamos a una mansión en Beacon Hill, él mismo insistió en que le llamáramos *padre*. Por lo visto, sonaba más «sofisticado» y tenía más «caché».

—¿Dónde estás? —se interesó con voz grave desde el otro lado de la línea—. ¿Por qué hay tanto eco?

—Estoy trabajando. Me he metido en un baño para poder contestarte. —Apoyé la cadera en la encimera y me sentí obligada a añadir—: Es una recaudación de fondos para evitar que se extingan los frailecillos silbadores.

Suspiró con pesadez y sonreí. La paciencia de mi padre era bastante limitada cuando se trataba de escuchar las extrañas excusas que se inventaba la gente para celebrar una fiesta, aunque luego él mismo acudía a dichos eventos y aportaba su granito de arena. Porque era lo que había que hacer.

—Cada día descubro una nueva especie en peligro de extinción —se quejó—. Tu madre se ha metido en un comité que recauda fondos para no sé qué pez o algo así, como si no comiéramos marisco cada semana.

Mi madre, que antes había sido esteticista, ahora era miembro de la alta sociedad en toda regla y también pertenecía al comité de una organización benéfica.

—Dado que estás trabajando, seré breve —continuó mi padre—. Nos gustaría que vinieras a cenar con nosotros el viernes por la noche. Tenemos algo importante que contarte.

A pesar de cómo lo formuló, aquello no fue una invitación.

Se me desdibujó la sonrisa.

—¿Este viernes por la noche? —pregunté enfatizando la primera palabra. Yo vivía en Nueva York y mis padres en Boston, y ya estábamos a martes.

Era precipitado incluso para ellos.

—Sí —respondió sin entrar en detalles—. La cena es a las siete en punto. No llegues tarde. —Y colgó.

El móvil se me quedó helado, pegado a la oreja un segundo más, y luego me fue resbalando por la sudada palma de la mano hasta que casi me cayó al suelo. Conseguí pillarlo al vuelo y lo guardé en el bolso.

Una simple frase y la ansiedad ya se había apoderado de mí. Era increíble.

Tenemos algo importante que contarte.

¿Habría pasado algo en la empresa? ¿Se habría puesto alguien enfermo o se estaría muriendo algún conocido? ¿Acaso pensaban vender la casa y mudarse a Nueva York como ya habían amenazado con hacer anteriormente?

Un sinfín de preguntas y posibilidades me inundaron la mente.

No tenía la respuesta a ninguna de ellas, pero algo sí sabía:

Que te citaran con urgencia a la mansión de los Lau nunca era buena señal.

2

Vivian



El salón de mis padres parecía sacado de un volumen de *Architectural Digest*. Divanes copetudos que descansaban en los ángulos justos de unas mesas de madera tallada y juegos de té de porcelana amontonados al lado de un montón de baratijas de valor incalculable. Incluso el aire que se respiraba allí tenía un toque frío e impersonal, igual que un ambientador caro cualquiera.

Había quienes tenían una casa, un hogar. Mis padres tenían una sala de exposiciones.

—Tienes la piel apagada. —Mi madre me estudió con ojo crítico—. ¿Has seguido haciéndote las limpiezas faciales cada mes?

Estaba sentada justo delante de mí y la piel le resplandecía con una luminosidad perlada.

—Sí, madre. —Me dolían las mejillas de tanto tener que sonreír por educación.

Hacía solo diez minutos que había entrado en la que había sido mi casa durante mi infancia y ya me habían criticado el pelo (demasiado despeinado), las uñas (demasiado largas) y, ahora, la tez.

«Otra noche más en la mansión de los Lau.»

—Bien. Recuerda que no puedes descuidarte —señaló mi madre—. Todavía no te has casado.

Contuve las ganas de suspirar. «Ya estamos con eso otra vez.»

A pesar de mi boyante carrera profesional en Manhattan, donde el mercado para la organización de eventos era más despiadado que una venta de muestras de marca, mis padres estaban obsesionados con el hecho de que no tuviera pareja y que, por lo tanto, se me redujeran las posibilidades conyugales.

Aceptaban mi trabajo porque ahora ya no se estilaba que las herederas de una familia no hicieran nada. Sin embargo, se les hacía la boca agua con solo pensar en el día en que les diera un yerno; uno que pudiera asegurarles una buena posición en los círculos de las élites familiares más adineradas.

Éramos ricos, pero nunca lo seríamos como aquellas familias que lo llevaban en la sangre. Al menos, nuestra generación no.

—Aún soy joven —dije paciente—. Todavía tengo muchísimo tiempo para conocer a alguien.

Solo tenía veintiocho años, pero mis padres se lo tomaban como si fuera a marchitarme y a convertirme en el Guardián de la Cripta en el momento en que llegara a la treintena.

—Tienes casi treinta años —puntualizó mi madre—. Nunca más volverás a ser así de joven y tienes que ir pensando en casarte y tener hijos. Cuanto más esperes, menos posibilidades tendrás de encontrar pareja.

—Ya lo voy pensando. —De hecho, estoy pensando en el año de libertad que todavía me queda antes de que me obliguéis a casarme con algún banquero al que le siga un buen número detrás del apellido—. Y, en cuanto a lo de no volver a ser así de joven, por algo inventaron el bótox y la cirugía plástica.

Si mi hermana hubiese estado aquí, se habría reído. Como no era el caso, mi broma fue recibida sin gracia alguna.

Mi madre apretó los labios.

A su lado, las gruesas cejas grisáceas de mi padre formaron una marcada V justo encima del puente de la nariz.

A sus sesenta y cuatro años, vivaz y en forma, Francis Lau era la viva imagen de un director ejecutivo que se había esforzado por llegar a donde estaba ahora. En solo tres décadas, había conseguido que Joyas Lau pasara de ser una pequeña tienda familiar a un gigante multinacional, y bastaba con que me dedicase una simple mirada para que yo me hundiera en aquellos sillones acolchados.

—Siempre que sacamos el tema del matrimonio a colación, sales con una bromita —terció él con total desaprobación—. El matrimonio no es ninguna broma, Vivian. En esta familia, nos lo tomamos muy en serio. Mira a tu hermana. Gracias a ella, ahora estamos relacionados con la familia real de Eldorra.

Me mordí la lengua con tanto ahínco que incluso noté el sabor cobrizo de la sangre.

Mi hermana se había casado con un conde de Eldorra que era primo segundo de la reina, aunque separado de esta por tres generaciones. Decir que estábamos «relacionados» con la familia real de aquel pequeño reino europeo era decir mucho; sin embargo, a ojos de mi padre, un título aristocrático era un título aristocrático.

—Ya sé que no es ninguna broma —contesté mientras alargaba el brazo para coger la taza de té. Necesitaba tener las manos ocupadas—. Pero tampoco tengo que pensarlo ahora mismo —añadí enfatizando las dos últimas palabras—. Estoy saliendo con gente para tantear el terreno. Hay un montón de solteros en Nueva York; solo tengo que dar con el adecuado.

Me guardé para mis adentros el hecho de que sí, había un montón de solteros en Nueva York, pero la ratio de solteros heteros que no fueran unos capullos ni unos impresentables ni unos excéntricos de manual era mucho más reducida.

El último tío con el que había tenido una cita había intentado arrastrarme con él para celebrar una sesión espiritista con tal de ponerse en contacto con su difunta madre para que esta pudiera *conocerme y darle su bendición*. No hay ni que decir que no volví a quedar con él nunca más.

Aunque no hacía falta que mis padres lo supieran. Ellos creían que todas mis citas eran con vástagos de familias adineradas.

—En los últimos dos años, ya has tenido tiempo suficiente para encontrar al adecuado. —A mi padre no pareció impresionarle mi perorata—. No has ido en serio con ningún chico desde tu última... relación. Es evidente que a ti esta cuestión no te urge tanto como a nosotros. Por eso hemos decidido intervenir.

Yo, que me estaba llevando la taza de té a la boca, me quedé con la mano helada a medio camino.

—¿Qué quieres decir?

Creía que ese *algo importante* al que mi padre había hecho referencia por teléfono tendría que ver con mi hermana o con la empresa. Pero ¿y si...?

Se me heló la sangre.

«No. Ni de broma.»

—Que me he asegurado de encontrarte a alguien adecuado para ti. —Mi padre soltó aquella bomba sin previo aviso y sin emoción alguna—. Me costó un poco acabar de zanjarlo, pero ya está todo acordado.

Me he asegurado de encontrarte a alguien adecuado para ti.

Los fragmentos de aquella enunciación me detonaron en el pecho y casi parten mi aparente aplomo en dos.

Volví a dejar la taza en el plato con un evidente repique-teo. Mi madre me miró y arrugó la frente.

Por una vez, estaba tan ocupada procesando lo que me acababan de decir que ni siquiera me preocupó su desaprobación.

Los matrimonios concertados eran una práctica habitual en el mundo de los grandes negocios y las maniobras de poder; un mundo en el que los enlaces no resultaban del enamoramiento de una pareja, sino de una alianza. Mis padres habían hecho que mi hermana se casara por el título y siempre había sabido que la siguiente sería yo. Lo que no esperaba era que fuera a ser tan... tan pronto.

Un amargo cóctel de *shock*, miedo y aversión me fue bajando por la garganta. Se suponía que ahora tenía que aceptar un contrato de por vida después de que a mi padre le hubiese «costado un poco acabar de zanzarlo».

«Justo lo que cualquier mujer quiere oír.»

—Hemos dejado que fueras dándole largas al asunto durante demasiado tiempo. Además, este hombre nos aportará un sinfín de beneficios —prosiguió mi padre—. Estoy seguro de que estarás de acuerdo conmigo cuando lo conozcas mientras cenamos.

Aquel cóctel de emociones se convirtió en veneno y me carcomió entera por dentro.

—¿Mientras cenamos? ¿Mientras cenamos... esta noche? —Mi voz sonó distante y extraña, como si estuviera escuchándola desde fuera, en una pesadilla—. ¿Y por qué no me lo habíais dicho antes?

Entre haberme encontrado ante aquella emboscada y las noticias de que me habían preparado un matrimonio concertado, la experiencia ya había sido suficientemente mala. Tener que conocer a mi futuro prometido sin haberme podido preparar con un poco de antelación era cien veces peor.

Con razón mi madre había sido más crítica de lo normal. Había invitado a cenar a su futuro yerno.

Se me retorcieron las tripas y la probabilidad de que acabara echando todo lo que tenía en el estómago encima de la carísima alfombra persa de mi madre fue aumentando cada vez más.

Estaba ocurriendo demasiado rápido. Que me pidieran que fuera a cenar con ellos, la noticia sobre mi compromiso, aquella inminente presentación... La cabeza no paraba de darme vueltas mientras yo intentaba asimilarlo todo.

—No había confirmado que fuera a venir hasta hoy porque... tiene un horario complicado. —Mi padre se alisó la camisa con la mano—. Tarde o temprano vas a tener que conocerle. ¿Qué importa que sea hoy, en una semana o dentro de un mes?

«Pues importa bastante. Estar preparada mentalmente para conocer a tu prometido o que te lo planten delante de las narices sin previo aviso son dos cosas distintas.»

Aquella réplica fue cociéndose a fuego lento en mi interior, pero no estaba destinada a acabar de hervir. Las contestaciones estaban estrictamente prohibidas en casa de los Lau. Estaba obligada a acatar sus leyes incluso ahora que era adulta; además, desobedecer a mis padres siempre terminaba en un ávido castigo y palabras hirientes.

—Queremos acelerar el proceso tanto como sea posible —intervino mi madre—. Organizar una boda como es debido lleva su tiempo y tu prometido es..., esto..., particular con los detalles.

Era irónico que ya estuviera llamándole «mi prometido» cuando yo aún no había ni conocido al tipo en cuestión.

—El año pasado, *Mode de Vie* lo describió como uno de los mejores solteros del mundo de menos de cuarenta años. Rico, atractivo y poderoso. La verdad es que, esta vez, tu

padre se ha superado. —Mi madre, que irradiaba felicidad, le dio un golpecito en el brazo.

La última vez que la había visto tan ilusionada había sido el año pasado, cuando consiguió un puesto en el comité de organización para la subasta de vinos de la Boston Society.

—Pues... qué bien. —Estaba esforzándome tanto por mantener mi sonrisa intacta que incluso me temblaron los labios.

Al menos el hombre tendría la dentadura entera. Mis padres habrían sido perfectamente capaces de casarme con algún vejestorio multimillonario en su lecho de muerte. El dinero y la posición social eran lo primero; todo lo demás quedaba relegado a un segundo plano mucho más lejano.

Tomé una profunda bocanada de aire y le pedí a mi mente que no empezara a adentrarse por aquel camino en concreto.

«Aguanta, Viv.»

Estaba mosqueada con mis padres por haberme venido con estas, pero ya explotaría luego, cuando hubiese terminado la noche. Total, tampoco podía decirle que no al chico que querían presentarme porque, de hacerlo, me desheredarían.

Además, mi futuro marido —me volvió a dar un vuelco el estómago— aparecería en cualquier momento. No podía permitirme montar un pollo.

Me froté la palma de la mano con el muslo. Me sentía algo mareada, pero seguí con la misma expresión que fingía siempre que venía a mi casa. Tranquila. Calmada. Presentable.

—Bueno. —Me tragué la bilis e intenté adoptar un tono ligero—. ¿Y don Perfecto tiene nombre o solo se le conoce por su capital?

No me acordaba de todos los hombres que habían aparecido en la lista de *Mode de Vie*, pero de aquellos que sí me

acordaba tampoco es que me inspirasen demasiada confianza. Si...

—Los desconocidos me conocen por mi capital. Mi familia y las personas que tienen el privilegio de ser mis amigos, por el nombre.

Al oír aquella profunda e inesperada voz detrás de mí, entré en tensión. Estaba tan cerca que incluso noté la vibración de las palabras en mi espalda. Me envolvieron como si fueran una capa de miel calentada por el sol: ricas y sensuales, y con un sutil acento italiano que hizo que un cosquilleo lleno de placer llegara a todas mis terminaciones nerviosas.

Una ola de calor me corrió por las venas.

—Ah, aquí está. —Mi padre se levantó con un extraño triunfante brillo en los ojos—. Gracias por venir a pesar de que avisáramos a última hora.

—¿Cómo iba a dejar escapar la oportunidad de conocer a su encantadora hija?

Un ligero tono de burla acompañó el adjetivo *encantadora* e hizo que cualquier naciente atracción que hubiese podido sentir hacia aquella voz —sí, nada más y nada menos que hacia una voz— desapareciera.

El hielo apagó el calor que había sentido en las venas.

«Pues vaya con don Perfecto.»

Había aprendido a fiarme de mi instinto al conocer a la gente y ahora mi instinto me estaba diciendo que el dueño de aquella voz tenía tantas ganas de esa cena como yo.

—Vivian, saluda a nuestro invitado. —Si la sonrisa de mi madre hubiera seguido ensanchándose, se le habría partido la cara en dos.

En parte esperaba verla apoyar la mejilla en la mano y suspirar igual que una adolescente al ver a su *crush*.

Aparté aquella perturbadora imagen de mi mente antes de levantar la barbilla.

Ponerme de pie.

Darme la vuelta.

Y que el aire que tenía en los pulmones se evaporase de inmediato.

Pelo negro y grueso. Piel aceitunada. Una nariz sutilmente encorvada que resaltaba todavía más su acentuado encanto en lugar de restarle belleza.

Mi futuro marido era la destrucción vestida de traje. No era de un atractivo convencional, pero sí era tan poderoso y cautivador que su presencia se tragaba hasta la más mínima molécula de oxígeno que hubiese en una sala, como si se tratase de un agujero negro que hace desaparecer una protoestrella.

Había hombres atractivos sin más y luego estaba *él*.

A diferencia de su voz, su cara me resultó notoriamente reconocible.

El corazón se me hundió bajo el peso del *shock* que sentí en ese instante.

«No puede ser.» Era imposible que el prometido que me había elegido mi padre fuera él. Tenía que ser una broma.

—Vivian. —Mi madre disfrazó su reprimenda con solo mi nombre.

«Ay, sí. La cena. Mi prometido. Nuestra presentación.»

Me deshice del estupor y me obligué a sonreír educadamente aunque el gesto me saliera un poco tenso.

—Vivian Lau. Un placer.

Le tendí la mano.

Tras una breve pausa, él hizo lo propio. Su cálida fuerza me envolvió la palma de la mano e hizo que una descarga eléctrica me recorriera el brazo entero.

—Lo he asumido tras las veces que la ha llamado su madre. —La lentitud con que dijo aquella frase quiso que su observación sonara a broma, pero la dureza de su mirada me advirtió lo contrario—. Dante Russo. El placer es mío.

He ahí otra burla. Sutil, pero cortante.

Dante Russo.

Director ejecutivo del Grupo Russo, leyenda de Fortune 500 y el hombre que tanto alboroto había causado en la gala que había organizado la Fundación Frederick para la fauna hacía tres días. No era solo uno de los mejores solteros. Era el *mejor* soltero. Era el escurridizo multimillonario a quien todas las mujeres querían, pero con quien ninguna conseguía quedarse.

Tenía treinta y seis años, se lo conocía por estar casado con su trabajo y, hasta la fecha, no había mostrado interés alguno en dejar su soltería atrás.

Así que, ¿por qué Dante Russo, de entre todos los hombres del mundo, había aceptado verse envuelto en un matrimonio concertado?

—Me presentaría por mi capital —dijo—, pero sería poco cortés categorizarla de desconocida dado el propósito de la cena de esta noche.

Su sonrisa no escondía ni una pizca de amabilidad.

Al acordarme de la broma que había hecho antes y que él mismo había oído, me ruboricé. No lo había hecho con mala fe, pero hablar del dinero de los demás —a pesar de que todo el mundo lo hiciera a puerta cerrada— se consideraba grosero.

—Qué atento por su parte. —Encubrí mi bochorno con aquella fría respuesta—. Tranquilo, señor Russo. Si quisiera saber su capital solo tendría que buscarlo en internet. Estoy segura de que dicha información circula por ahí, al igual que los rumores de su legendario encanto.

Un destello le atravesó los ojos, pero no mordió el anzuelo. En lugar de eso, nos aguantamos la mirada durante un segundo cargado de tensión; luego me soltó la mano y me estudió de arriba abajo, frío e imparcial.

Aún sentía un cálido cosquilleo en la palma, pero tenía el resto del cuerpo frío, como si esa fuera la reacción de un mortal ante la indiferencia de la mirada de un dios.

Ante el escrutinio de Dante, volví a entrar en tensión. Llevaba un traje de *tweed* con falda —aprobado personalmente por Cecelia Lau—, pendientes de perla y unas bailarinas con un poco de tacón. Incluso había desestimado mi pintalabios rojo favorito y me había decantado por otro de color más neutro que fuera del agrado de mi madre. Ese era mi uniforme habitual cuando iba a visitar a mis padres y, a juzgar por cómo apretaba los labios Dante, no estaba impresionado en absoluto.

Una mezcla de malestar e irritación me retorcieron las entrañas en el mismo instante en que aquellos despiadados ojos oscuros encontraron los míos de nuevo.

Solo habíamos intercambiado cuatro palabras, pero yo ya tenía dos cosas claras.

Una: Dante sería mi prometido.

Y dos: cabía la posibilidad de que nos matáramos el uno al otro antes incluso de llegar al altar.